

tarlos en forma tal que otros lo sientan; bien podría ser una gran compensación. Incluso en esta asediada noche, sus cuitas personales no parecen afectarle en su trabajo sobre el escenario.

El único rol que no sabe definir ni ver cabalmente es el suyo propio, en buena parte porque no quiere ver lo que el espejo le muestra. Si bien aquel personaje es débil en todo menos su egoísmo, su rol es fuerte y lucido y un bocado que puede tentar a cualquier actor. En el caso de Vidiella no sólo existió esa tentación; también supo concretarla en un muy respetable trabajo, que se complementa con una buena escenografía, también diseñada por él y el vestuario de Marco Correa.

Al mismo tiempo el espectáculo, gracias a la dirección de Jaime Vadell, no se queda en un nivel de lucimiento personal, sino logra un nivel de conjunto en que el apoyo de Blanca Mallol y Claudio Rodríguez son especialmente utilizados.

Al mismo tiempo Silvia Piñeiro como Regina, la vestidora de Fernando, da una clase magistral de como, en teatro, menos puede ser más. A través de un trabajo en tono menor, que trasunta su afecto por el protagonista y su afán de protegerlo, emociona y, de paso, se apropia de más de alguna escena.

H.E.*

Ercilla 2902, p g.y2) Recordando a Lucho Córdoba

La fórmula era bastante sencillasencilla; en el primer acto se armaba un enredo, en el segundo se le añadían complicaciones, sal y pimienta, mientras en el tercero todo se resolvía en forma alegre y feliz. A este texto se sumaba la "morcilla" que hacía reír con alusiones a algún acontecimiento o personaje de actualidad. Sin embargo, el ingrediente principal era Lucho Córdoba en persona: desde su primera y cuidadosamente estudiada entrada en escena, provocaba simultáneas risas y aplausos y era el gran eje alrededor del cuál giraba el espectáculo.

En su época de oro del teatro Imperio él y Olvido Leguía llenaban la sala de público, de carcajadas y de sonrisas. En casi un medio siglo transcurrido desde entonces, no ha surgido otro actor cómico de su nivel.

Es así como primer problema del reestreno de La única noche que pasé contigo es que, sin Lucho Córdoba, no podrá ser lo mismo y Alberto Chacón simplemente no puede competir con aquel recuerdo y, nostalgias aparte, aunque pueda generar simpatías en el espectador es un tanto limitado en materia de comicidad.

Sin embargo para la mayoría de los espectadores el actor es un mito al que jamás conocieran y, al juzgar por el público del estreno, en el Teatro Abril, estas obras de bulevar aún pueden entretener. Por lo demás esta sala (cuando aún se llamaba Maru) fue la sede de la postrera y triste etapa de la compañía Leguía-Córdoba: su público disminuía y la gastada voz del actor apenas se escuchaba.

La escenografía de Alejandra Perales es una estilización de las de antaño y la débil y externa interpretación de buena parte del reparto, fuera buscada o no por la directora Silvia Gutierrez, aquí pasa a ser "estilo de época" (logrado en, por ejemplo el Primitivo de Pedro Villagra). Córdoba nunca se distinguió por el nivel de los integrantes de su compañía y tampoco (al igual que Américo Vargas) veía con buenos ojos que se desplazaran por el centro del escenario, lugar reservado para él y Olvido, cuyo papel aquí interpreta Violeta Vidaurre. En su caso, el presente supera al pasado. Hacia el final de la obra hay un toque de nostalgia con un breve rol a cargo de Eduardo Morales, actor mexicano que trabajara largos años con Córdoba.

Este tipo de teatro de bulevar, desplazado en buena parte por las comedias de situaciones de la televisión es tan intrascendente como

antes, pero no carece de algún ingrediente de comedia de costumbres y,
a menos que se sea un tonto muy grave, hará reír a pesar de sus defectos